

# ALBERT SCHWEITZER NI DIOS NI DIABLO

**P**ARIS.—Conferencias, homenajes, audiciones de sus interpretaciones de Bach al órgano: Francia celebra el centenario del nacimiento de Albert Schweitzer, mientras que los países sajones, que tanto lo habían ensalzado en cierta época, guardan un culpable silencio sobre el «gran doctor» de Lambarené.

Teólogo, filósofo, músico, médico y misionero, Schweitzer hubiera preferido eclipsar todos estos títulos con el de filántropo, pero su acción provocó tantas polémicas durante su vida, que difícilmente se puede hacer aún hoy un juicio global y objetivo sobre su acción. «Albert Schweitzer, el médico-sacerdote que dirige desde hace medio siglo un hospital en África, figura en cabeza de casi todas las listas de los grandes hombres de la humanidad... con tal de que estas listas no hayan sido hechas por africanos», declaraba una personalidad gabonesa al semanario *Newsweek* poco antes de la muerte del doctor. Las acusaciones que se le hacían difícilmente podían atravesar el muro de alabanzas casi religiosas de sus seguidores, repartidos por los cuatro puntos cardinales, en particular en los Estados Unidos y entre los círculos de la gran finanza.

En 1913, después de leer un libro del misionero protestante Alfred Boegner, se instala en Lambarené, en Gabón, donde construye un hospital. Pronto estará habitado por enfermos africanos, sobre todo por leproso. Después de mil vicisitudes, Schweitzer recibe ayudas económicas importantes, y lleva de frente su acción misionaria, filosófica y de musicólogo. Su *Vida de Jesús*; *Juan Sebastián Bach, músico y poeta*; *Cultura y ética*: la obra suya que queda es ésta, más que lo que creara en África. Las críticas que se le hicieron se refieren a su forma de tratar a los nativos, de oponerse al progreso de la Medicina, de despreciar la cultura autóctona y de perpetuar la imagen del «buen colonialista».

En uno de sus primeros libros, *Al borde de la selva*, el doctor Schweitzer escribe: «Los primitivos son como niños, y sin autoridad no se obtiene nada de los niños. Por consecuencia, estableceré las fórmulas de nuestras relaciones de forma en que mi autoridad natural esté bien afinada. Mi actitud ante el primitivo se puede definir de la

siguiente forma: "Yo soy tu hermano, pero tu hermano mayor". La incapacidad para hacer esfuerzos y para adaptarse a las circunstancias difíciles son rasgos característicos de los indígenas de África ecuatorial, y se convierten así en pobres criaturas. Los indígenas pueden morir de hambre en sus cabañas y esperar la muerte, sencillamente porque es la época del hambre. No se puede decir que la necesidad agudice el ingenio en estas regiones. Lo que sí se puede decir es que la necesidad paraliza hasta la idiotez». Naturalmente, Schweitzer tuteaba a los negros y trataba de usted a las enfermeras blancas. Claro que éstas eran, en general, hijas de grandes familias burguesas, europeas o americanas, como Olga Deterding,

dos sanitariamente», según escribió Jane Rouch, esposa del cineasta Jean Rouch, en el semanario *Jeune Afrique*, después de una visita al doctor de la selva. «El escándalo de Lambarené» se titulaba el artículo. Y explicaba: «Para 445.000 habitantes tiene cuatro hospitales, 30 centros médicos, 22 puestos de radiología, nueve equipos móviles de higiene y de profilaxis, dos centros de protección materna e infantil. La vacuna sistemática erradicó prácticamente la fiebre amarilla y la viruela. La lepra y el paludismo se hallan en completa recesión. En medio de este esfuerzo de modernización, hay una plaga, una cloaca: lo que llaman "el hospital de Lambarené", concebido según principios típicamente racistas. Los enfermos

que Schweitzer, que había conocido una niñez extremadamente pobre, no podía soportar el mínimo gasto que pareciera superfluo, llegando incluso a solicitar a sus colaboradores que fuesen a depositar sus excrementos en el campo para fertilizar las tierras.

Los visitantes que regresaban de Lambarené estaban horrorizados por las condiciones del hospital. Lo más impresionante era la presencia de toda clase de animales al lado de los enfermos. Los gruñidos de los cerdos, los cantos de los gallos y el cacarear de las gallinas era el sonido de fondo que les quedaba durante meses. Un europeo contó al regresar que había visto a un anciano africano enfermo incubando una docena de huevos.

Mil veces le dijeron al doctor blanco que estas condiciones de higiene eran inadecuadas. Su contestación era siempre la misma: «¿Para qué les iban a servir a esos hombres los gráficos de temperatura y las habitaciones asépticas? Los habitantes de África no conciben el confort y la vida como los europeos, y no acudirían al hospital si se les tratara de otra forma?». McKnight, en su libro «El doctor Schweitzer», relata la siguiente conversación con el misionero blanco: «¿Tiene usted confianza en los medios terapéuticos modernos cuando es posible aplicarlos?». Respuesta: «Creo que hay que aplicar métodos sencillos para curar a los seres sencillos».

Sus críticos insisten en que Schweitzer, sobrepasado por los avances de la Medicina, toleraba únicamente los adelantos que él podía comprender, dirigir y controlar, pero que prefería mantener el hospital al nivel del de un médico de provincias de la época victoriana antes que dejar de dirigirlo a su antojo (a su gloria, dicen). El célebre cirujano sudafricano Jack Penn cuenta una conversación mantenida con el doctor en 1956. Sorprendido por la suciedad le dijo: «Bastaría con que dijera usted una palabra y le venderían millones de América para edificar, en recuerdo de usted, un hospital donde estarían asegurados la enseñanza, la práctica y los cuidados, algo así como en Brazzaville, en el Congo. ¿Por qué no lanza usted una campaña?». Penn cuenta que Schweitzer le contestó: «No; me encuentro demasiado viejo para asumir

## Ramón Chao

hija de un magnate del petróleo; Clara Urquart, «rica sudafricana ociosa», o Marion Mayer, esposa del productor de films Otto Preminger, que acudieron a Lambarené llamadas por «una extraña atracción morbosa por la lepra», según Graham Greene. Norman Cousins, director de *The Saturday Review*, admirador de Schweitzer, no puede dejar de criticar esta forma de tutear a los negros: «Tú, singular y forma familiar del usted, se había convertido en un símbolo de todo lo que era desagradable en las relaciones entre europeos y africanos. Simbolizaba el abismo social y psicológico que separa a los blancos y a los negros. Era sinónimo de una situación inferior. Algo así como si se le silbara a un perro...».

En un continente que accedía a la independencia, el doctor Schweitzer se obstinaba en ignorar sus valores, no queriendo ver en los indígenas más que a pobres subdesarrollados. Lo contrario sería admitir que su presencia entre ellos era ya anacrónica. A eso quizá se deba el que no haya formado ningún médico negro, «utilizándoles únicamente como enfermeros», según el escritor inglés McKnight.

### El árbol ocultaba el bosque

Su situación era tanto más insólita cuanto que «Gabón es uno de los países de África mejor equipa-

llevan etiquetas: indígenas, los africanos, y europeos, los mestizos».

Las ideas médico-filosóficas de Schweitzer consistían en que «los indígenas debían sufrir, curarse o morir en su medio natural». Por ello se instalaban en el hospital con sus familias y animales (perros, cerdos, cabras, etcétera), haciéndose ellos mismos la cocina: «Yo les doy la comida—decía el gran doctor blanco—, pero se la cuecen ellos mismos; así no podrán decir que no les gusta». Madame Rouch añadía en su artículo: «Incluso los visitantes más favorables al doctor reconocen que su hospital es el más atrasado del mundo. A pesar de las donaciones que recibe y de llevar cuarenta y nueve años instalado, aún no ha abierto alcantarillas. Hay regueros al aire libre, por los que circulan vendas y sangre coagulada».

Nunca se ha sabido muy bien la razón de esta instalación primitiva y peligrosa, sobre todo teniendo en cuenta que Schweitzer recibía donaciones de todas partes y que le hubiera bastado lanzar una petición para obtener medios. Parece ser que Schweitzer obedecía a su creencia filosófica esencial: el respeto a la vida para el animal, insecto o bacteria más infima. Un visitante declaró que el doctor no quería utilizar el agua corriente por respeto a los insectos. «El doctor no quiere que las hormigas se ahoguen», explicaron a McKnight. Otros dicen



Teólogo, filósofo, músico, médico y misionero, Schweitzer hubiera preferido eclipsar todos estos títulos con el de filántropo.

la dirección de un establecimiento así».

### Imitación de Cristo

Gerald McKnight desarrolla una curiosa teoría en el citado libro: Schweitzer se toma por Cristo, y después de «humanizar» a Jesús en su libro, trata de imitarlo para reencarnarlo. Así se lo planteó en Lambarené: «Se lo pregunté con la mayor prudencia que pude, por temor a conmocionarlo, pero me sentía obligado a hacerlo: "En sus escritos teológicos usted ha indicado que no creía que Jesús fue el Mesías; que el mismo Jesús no creía ser más que el Elegido, el mensajero que anuncia el Reino de Dios; que Él había al fin fracasado: ¿Cree usted que se puede pensar en estas condiciones que la obra del doctor Schweitzer es una tentativa de vivir como Jesucristo, más que un deseo de ayudar a los africanos?". Cuando le tradujeron la pregunta, el hombre empezó a moverse impacientemente en la cama. Se levantó. La enfermera dejó de hablar, y discretamente me dijo que me marchara».

Cousins, amigo de Schweitzer, sostiene la misma teoría, y asegura que el doctor se trasladó a África por imitación de Cristo —lo más importante para él siempre fue perpetuar el ideal cristiano— y que Lambarené le había permitido que su vida fuese un testimonio.

Cristo o no, lo cierto es que el doctor Schweitzer era adorado como

a un dios; no sólo en Lambarené, donde las enfermeras multimillonarias, las que preferían «lavar los pies de los leprosos con sus cabellos antes que limpiarlos con algún antiséptico», las leprófilas descritas por Graham Greene, sino también en lo que se llama Occidente. En plena guerra fría, y cuando los países africanos aspiraban o luchaban por su independencia, el «buen padre blanco» representaba mejor que nadie unos valores discutidos. Los honores se acumulan sobre este hombre que no lo desdenaba: Premio de la Paz, otorgado por los editores alemanes; miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, para ocupar el sillón de Pétain; en 1953 obtiene la consagración mundial con la atribución del Premio Nobel de la Paz. Luego, la British Order of Merit y esa obra teatral, monumento del mal gusto, pero eficaz en su papel propagandístico, «Es medianoche, doctor Schweitzer», de Gilbert Cesbron, el mismo de «Los santos van al infierno».

Pero he aquí que aquella manía de respetar la vida en general, hasta poner en peligro la de sus enfermos, y que era considerada como un aspecto bonachón y perdonable de su carácter, le lleva a descubrir y denunciar un peligro que se cernía contra la Humanidad: la fuerza atómica.

Desde 1954 denuncia este peligro. Es posible que su amigo Albert Einstein haya tenido gran parte en esta conversión. «Einstein no dejó de sufrir desde el día en que

informó al Presidente de los Estados Unidos que era posible que los alemanes tuvieran la bomba atómica. Y cuando Truman anunció su deseo de utilizarla contra Japón, Einstein intervino, diciendo que únicamente había dado su acuerdo en el caso de que los alemanes dispusieran de la bomba. Pero Truman le contestó que él tenía la bomba y que haría con ella lo que le diese la gana. ¡Qué bruto!».

El 14 de abril de 1954 escribe una carta al diario laborista inglés *Daily Herald*, en la que explica los peligros que entraña la continuación de los estudios sobre la bomba H. «Los sabios deben elevar sus voces. Sólo ellos tienen la autoridad necesaria para decir que no podemos seguir con la responsabilidad de esas experiencias». En su discurso de recepción del Premio Nobel, en Oslo, «ruega a los hombres que piensen en la paz», y en un mensaje por radio declara que «la opinión pública debe imponer un acuerdo sobre el desarme atómico», pues la escalada atómica «es una locura que nos puede costar cara».

El anclazo de Lambarené empezaba a irritar. El plena guerra fría no distinguía a los buenos de los malos; para él no había bombas occidentales, defensoras de los valores eternos, y bombas comunistas, posibles destructoras de esa civilización. Un poco más tarde, el santo se convirtió en diablo: «Para él —escribe McKnight después de una larga entrevista—, la causa soviética es más humana, pues no hay

intención agresiva, mientras que el Occidente es belicoso, peligroso, etcétera». «Lo más importante —le dice Schweitzer— es salirnos de ese sistema defensivo con los Estados Unidos. Únicamente así podemos evitar ser los objetivos de las armas nucleares. Cuando tengamos las manos libres podremos volver a encontrar nuestros derechos individuales y los caracteres comunes de toda la Humanidad». Saludó como una inesperada suerte histórica las conversaciones entre Kennedy y Jruschof, aclarando que «había que agradecerse a Jruschof, porque él tomó la iniciativa, aunque Kennedy mostró un valor innegable al aceptar la invitación. Lo cual puede costarle su reelección».

Erá demasiado. En la prensa occidental se empieza a leer que Schweitzer «es un viejo generoso, que dice muchas tonterías en el aspecto político»; se comenta que es comunista, que está pagado por Moscú; aparecen libros y artículos críticos, donde se denuncia el estado deplorable del hospital de Lambarené, su orgullo, su egoísmo; se ponen en entredicho sus conocimientos científicos e incluso —quizá lo último que honradamente se podía hacer— los musicales: a Schweitzer, que escribió un libro esencial para el conocimiento de Bach, se le acusa de perder el tiempo tocando el órgano por las noches en el hospital —tocándolo mal, además, y no dejando dormir a los enfermos (!)—.

Hubo un gran homenaje en 1965, cuando murió en Lambarené, a los noventa años. Para muchos, la voz irritante y molesta se apagaba para siempre. Ahora se vuelve a celebrar la memoria del humanista, y en Gabón se moderniza el hospital que había fundado.

El doctor Coulet, sucesor de Schweitzer en Lambarené, ha iniciado una labor renovadora. Hay agua corriente, alcantarillado; el quirófano tiene aire acondicionado y el hospital posee una emisora de radio. Un grupo electrógeno produce la energía necesaria para dotar al conjunto de luz eléctrica, lujo que nunca había aceptado el fundador del hospital. Se utilizan médicos y cirujanos gaboneses, al lado de europeos que siguen acudiendo. Lambarené es además un lugar de peregrinación, pues la imagen del santo patriarca no ha desaparecido. Trabajo le está costando al doctor Coulet —que admiraba a Schweitzer, pero no admite tantos excesos— el acabar con viejas costumbres y eliminar ciertos mitos. Entre otras cosas, suprimió la silla de Schweitzer en el refectorio. «Me irritaba el que tres meses después de su muerte se mantuviese en su lugar en la mesa». Ahora piensa reservar una «zona histórica» para los turistas, que están convirtiendo a Lambarené en un nuevo Lourdes o —¿por qué no?— en un nuevo Nazaret. ■